dijo, que aquella monja que fuera culpable de cierta falta (y la nombró en particular con algunas otras), debia, sin ningun respeto humano, vencerse y confesarla. A tales palabras se conmovió y turbó totalmente la mala religiosa, y herida por una parte de la gracia de Dios, y vencida por otra de la muy inveterada vergüenza, dijo dentro de sí misma: *¡O! está fresco: ¿esperará que yo me quiera confesar de esto?* En el mismo punto que ella hablaba así en su corazon, el Siervo de Dios, con mayor fuerza é imperio, no hablando mas con la comunidad sino en singular á ella, replicó y dijo: *es necesario confesarlo, y confundir al Demonio á cualquiera costa.* A estas palabras, mas turbada que nunca la monja, entre la confusion y el despecho confirmó su propósito diciendo: *y yo de todas maneras, mientras tenga vida, no quiero confesarlo.* Entónces, con un trueno de voz espantoso y grave añadió SEBASTIAN: *Y yo, de parte de Dios, os mando que lo confeseis.* Herida aquella como de un rayo y toda aturdida, determinó finalmente hacer una buena confesion con el confesor estraordinario. Entónces, el prudente y discreto maestro de espíritu, animándola á hacerlo así: *andad,* dijo, *en buena hora con quien quisiereis; pero,* añadió, *acordaos que es necesario reiterar*

las confesiones hechas desde el tiempo que habeis callado la culpa. En seguida, mudando semblante y voz, se puso con toda dulzura á hablar de la divina misericordia, confortando á la religiosa á confiar en Dios; y ella se apresuró á seguir cuanto de un modo tan admirable le habia inspirado el iluminado predicador.

CAPITULO V.

De la fé del B. Sebastian.

Los actos, ó sean los efectos propios de la fé, la primera de las tres virtudes teologales, unos son internos, de los cuales no forma juicio la iglesia, y otros esternos, que demuestran el ardor, la perfeccion y grandeza de los interiores. Cual haya sido siempre la vivísima y firmísima fé del B. SEBASTIAN, no se puede conocer mejor, que de las continuas fatigas emprendidas y sufridas por él en enseñar los misterios y la verdad de la religion, en preservar á los católicos de la infeccion de las falsas doctrinas, y en reducir al seno de la iglesia á los hereges é infieles.

Por el discurso de cuarenta años esplicó la doctrina cristiana en la iglesia de la Congrega-

cion, sin que, en tanto tiempo, la hora inoportuna en que suele hacerse, el calor escesivo del estío, por el cual la iglesia pequeña al principio parecía un horno, la importunidad de los niños que lo rodeaban, sus frecuentes enfermedades, y las indisposiciones de su edad decrépita, fuesen jamás capaces de apartarle de este ejercicio, que él llamaba sus delicias y su mas querido entretenimiento. En la portería de la casa frecuentemente esplicaba el catecismo, á aquellos que en gran número se reunian allí para pedir limosna, enseñándoles, ántes de la distribucion caritativa, alguna oracion que rezasen, ó la manera de acercarse á los Sacramentos, ó algun otro artículo principal de la religion. Siempre que él salia por la ciudad, casi en todas las calles era detenido por los pobres, los cuales, viendole de lejos, corrian á él como á su padre; y él, aprovechando tales ocasiones, los instruia en la misma calle con una paciencia imperturbable. Si las circunstancias no le permitian el detenerse todo el tiempo que era necesario para instruirlos, se informaba de su nombre y morada, y adquiridas estas noticias, pasaba despues en horas libres él mismo, ó despachaba á otros, llenos tambien de su espíritu, á cumplir aquel caritativo oficio. Volviendo en el

año de 1709 de la viña llamada *de la Reina*, en compañia del Padre Juan Francisco Giriodi, como á la hora del medio dia, encontró en la calle pública á un pobre ciego, ya viejo, que pedia limosna. Se paró el B. SEBASTIAN, y poniéndole amistosamente la mano sobre la cabeza, le preguntó ¿si aquella mañana habia rezado sus oraciones? *Yo tengo otras cosas en que pensar;* respondió el ciego. *¿Y las cosas principales de la santa fé,* añadió el Siervo de Dios, *las sabeis? Dadme alguna limosna, y no os metais en mas. ¿Cuánto tiempo ha que no os habeis confesado? No me acuerdo: Pero vos que me haceis tantas preguntas, ¿quién sois? ¿Sereis por ventura el P.* VALFRE? *Sí, puntualmente soy. Pues bien, Padre, si quereis tener la bondad de oirme, estoy pronto á confesarme.* Dándole entónces una suficiente limosna, le abrazó en señal de confianza, y conduciéndole á nuestro Oratorio, le puso en gracia de Dios.

De estos casos se podrian referir infinitos; porque su diaria solicitud era, instruir á los ignorantes que hallaba; y como lleno de la caridad de Jesucristo, los buscaba por las partes en que estuviesen. Las chozas mas humildes, no menos que todos los lugares piadosos de la ciudad, los hospitales, el hospicio destinado á los

niños y niñas de los valles de Lucerna, convertidos á nuestra santa fé, las doncellas del conservatorio de San Pablo, del Socorro y de la Providencia, las mugeres sospechosas encerradas en un retiro, los catecúmenos del Espíritu Santo, las educandas de los monasterios, los soldados heridos é inválidos, recogidos en un hospicio, los presos de las cárceles publicas, los sentenciados á galeras, vulgarmente llamados *los esclavos de la ciudadela*, todos fueron instruidos en las verdades de la fé por el B. SEBASTIAN. Cuales fuesen sus cuidados en todos estos diversos lugares, puede inferirse únicamente del testimonio que consta en el proceso del marqués D. Gaspar Morozzo. „Yo mismo, (di„ce) he visto los grandes trabajos del Siervo „de Dios, aquí en nuestro hospital de la cari„dad, donde estaban á veces reunidos mas de „mil y quinientos pobres, cuya principal direc„cion tenia yo. Allí incansablemente trabajaba „con ellos, para instruirlos en los misterios „de nuestra santa fé, con tal fruto de sus al„mas, que he conocido á varios de esos pobres „que han llegado á un grado bien alto de vir„tud."

En el año de 1706, en el mes de Enero, en un dia domingo, poco antes de que en-

fermase de su último mal, luego que hubo concluido, segun acostumbraba, la explicacion de la doctrina en la iglesia de la Congregacion, despues de un breve descanso, salió de casa en compañia de un jóven comerciante llamado David Julian de Raconiggi, muy confidente suyo, y con él entró en la ciudadela, no obstante el intensisimo frio que entónces hacia. Llegado allí, se congregaron todos aquellos esclavos á su alrededor sobre un baluarte, y él, al aire libre, estando sobre el yelo y la nieve, comenzó el catecismo que continuó casi por el espacio de tres cuartos de hora, preguntando yá á uno y yá á otro con toda amabilidad. Concluida esta tarea, se retiró á la Congregacion, sin quejarse nada del frio, aun teniendo ya ochenta años. Su compañero, mucho mas jóven, depone en el proceso, que era tal el rigor del aire septentrional que soplaba, que se sentia todo yerto.

Luego que fué cedida á la Congregacion la parroquia de San Eusebio, que se estendia entónces algunas millas fuera de la puerta de la ciudad, á pesar de no ser él su Rector, se prestó siempre á catequizar á los labradores del departamento del Luigotto, pasando á buscarlos y á reunirlos en una pequeña capilla; y estos viajes acostumbraba hacerlos á pié, tanto en

el mas rigureso invierno, como en la estacion mas ardiente.

Igual á su solicitud en instruir en la religion á los fieles, era su empeño en preservarlos de todo error. Con motivo de las guerras que desolaban el Piamonte, no pudiéndose impedir la comunicacion de los católicos con los protestantes, representaba frecuentemente al Soberano, que era de su deber el mandar á los hereges aliados, no vilipendiasen el honor del sacerdocio, no profanasen las iglesias, ni pervirtiesen á los soldados nacionales; los cuales, mas que otro alguno, estaban espuestos al peligro de la infeccion herética. Velaba, segun esto, en que los regimientos fuesen provistos de capellanes doctos y virtuosos, para que, con valor sacerdotal, sostuviesen intacta la santa fé, y promoviesen la debida reverencia á las iglesias, á los sacerdotes, al Romano Pontífice.

Con los mismos capellanes llevaba estrecha comunicacion; y siendo informado de ellos de algun desorden, lo reparaba prontamente con el favor del Arzobispo, ó con la autoridad del Monarca. Pero, como apesar de tantas diligencias suyas, la heregia, como cizaña maldita que esparce el Demonio entre el mas escogido grano, andaba extendiendo sus impías máximas, y

aun llegaba á tanto, que se insinuaba en las conversaciones y tertulias de la mas distinguida nobleza, á vista del error que se deslizaba, redoblaba su zelo el varon apostólico, y como el concurso á sus sermones era siempre numerosísimo, así desde el púlpito, en voz alta, encargaba ardientemente á los católicos, se defendiesen de toda seduccion; y provocaba á los hereges, algunos de los cuales ocurrian tambien á escucharle, á dirigirse á su aposento á esponer sus razones, *sin andar sembrando* (decia) *errores en las conversaciones de las damas. Venid á mí, que con la ayuda de Dios sabré responderos.* Tres de los primeros hereges que se hallaron presentes á estas palabras, determinaron ir á combatirlo, y señalado el dia del asalto, y estudiadas sus mas poderosas razones, se dirigieron á su aposento. Recibidos con toda cortesía, entraron en materia con él, uno despues de otro. Confundido el primero, proseguía el segundo; y convencido tambien éste, disputó el tercero, el que no tuvo diversa suerte que los otros, habiendo quedado los tres desconcertados con las invencibles respuestas de nuestro Beato. Procuró éste con dulces y amorosas maneras inducirlos á abrazar la fé católica; y al despedirlos, dió á cada uno de ellos,

la obra del padre Séñeri: *El incrédulo sin escusa.* Fueron innumerables los demás que por su diligencia abrazaron nuestra santa religion. El año de 1685, obligados los Turinenses á venir á las armas con los hereges de los valles de Pinerolo, por haberse hecho reos de estado, habiendo combatido ferozmente de una parte y otra, muchos millares de rebeldes cayeron en nuestro poder, y un gran número de ellos fueron encerrados en la ciudadela de Turin. Encendióse el zelo de SEBASTIAN en favor de estos, y entónces se le vió andar por todas partes, solicitando con el mayor empeño auxilio para aquellos infelices, así para el cuerpo, como para sus almas. Los proveia abundantemente de todo; los hacia sacar frecuentemente de sus encierros; con dulces maneras los iba consolando; y ganándose el ánimo de todos, les hizo conocer el error en que estaban, teniendo el consuelo de traer á muchos á la verdad de la iglesia católica. Convirtió tambien á un sacerdote, que desempeñando el oficio de párroco en una provincia de Alemania, habia sido pervertido por los hereges; y á un regular, que abandonado su Instituto para vivir licenciosamente, habia tomado el trage secular. Ambos, reclutados en un regimiento, vi-

nieron á Turin con grado de oficiales, y movidos por disposicion de Dios á hablar con el B. SEBASTIAN, quedaron heridos de la gracia divina de tal suerte, que entrando en sí mismos, se precipitaron llorando á sus pies; y despues de haberlos confesado y absuelto de las censuras, se encargó de restituir á uno á su parroquia, y al otro á su Instituto; á donde viviendo los dos despues de este suceso, sirvieron con su nueva conducta de ejemplo y admiracion.

Pero, aunque este hombre advertido pusiese, como hemos dicho, todo cuidado, todo empeño é industria en mantener á los católicos apartados de la heregia, llegó sinembargo este monstruo á insinuarse astutamente en uno de nuestros hospitales, donde só color de virtud y de religion, sedujo miserablemente á algunas incautas mugeres. La cosa fué descubierta por la ilustre Señora Victoria Fornari Donzel, penitente del B. SEBASTIAN, la cual, entrando un dia en ese establecimiento, se encontró con una de aquellas mugeres que temblaba fuertemente: creyendo que estuviese atacada de alguna enfermedad, volviéndose á la directora que la acompañaba, le dijo en acto de compasion: *¡pobre doncella, que feo mal tiene!* Pero la superiora que sabia muy bien el origen

009106

de aquel temblor, y que estaba tambien miserablemente engañada, respondió: que *aquel mal no merecia compasion, sino envidia: que no todos podian tener tal suerte.* No entendiendo la Donzel el significado de estas palabras, pasó adelante; pero habiendo visto otras mugeres convulsas de la misma manera, se añadió el espanto y asombro á la compasion, y quedó mucho mas maravillada cuando oyó decir á la misma directora, que aquello *no era un mal, sino una gracia especial de Dios, que ella deseaba en todas sus hijas.* La piadosa Señora, del todo confusa, no sabiendo que hacer, creyó conveniente informar al B. VALFRE, quien conociendo que aquel era el error de los *Quackaros*, le aplicó al momento prontos y eficaces remedios, con que felizmente logró curar una llaga tan maligna, y hacer perder en aquel lugar hasta su memoria.

Con el mismo zelo se ocupó en la conversion de los judios, muchos de los cuales abrazaron por su medio la verdadera fé; no perdonando jamás ningun trabajo, aun por el bien de uno solo. Una catecúmena se habia apartado de la resolucion que habia tomado de hacerse cristiana: y el Inquisidor del santo oficio, no pudiéndola retener por mas tiempo, le habia dado licencia

de volverse á su Sinagoga. Llegada esta noticia á SEBASTIAN, voló al punto al retiro del Espíritu Santo, á donde aun estaba la muger, y llegado allí, sin aterrorizarla con amenazas, ni hacerla ninguna reconvencion, le rogó dulcemente á ella y á todos los presentes, que rezasen en su compañia un *Padre nuestro.* Arrodillados todos y dicha esta breve oracion, se acercó él á la muger y le preguntó, ¿si queria hacerse cristiana? *Sí, Padre,* respondió, *de muy buena voluntad;* y sin que ella jamás variase ni tuviese duda, abrazó nuestra santa religion, en la cual murió muy anciana, con señales ciertas de constancia y de virtud cristiana.

Muy grande fué además el bien que él hizo en los valles de Lucerna. Habiendose por sus diligencias aumentado en ellos el número de los católicos, era necesario proveerlos de nuevos pastores, fabricar nuevas iglesias, y restaurar ó agrandar las antiguas, y habilitar á todas de ornamentos sagrados. Pero todo esto no podia hacerse, si nó pasaba alguno á visitar aquellos lugares y reconocer sus necesidades. Esta comision le fué dada por el Soberano al Siervo de Dios, quien la desempeñó con mucho placer y diligencia. Ocho dias se detuvo en aquel país sin ningun descanso: girando continuamen-

te por los valles y los montes, animaba á los fieles, predicaba y distribuía limosnas: ordenando al mismo tiempo públicas rogaciones, aumentó la devocion á la Santisima Virgen, y dejó por todas partes perennes memorias de su fé y de su zelo. Dando noticia á su vuelta de todo lo que habia observado, se proveyó cumplidamente á todo: nombráronse los sagrados pastores; se restauraron y fabricaron las iglesias; y protegido el culto divino, se esparcieron (segun su voluntad) por todas partes libros del Catecismo católico.

CAPITULO VI.

De la esperanza y confianza en Dios del B. Sebastian.

La virtud de la esperanza, fundada sobre la omnipotencia y misericordia de Dios, tiene por último objeto la adquisicion de la vida eterna, que nos está prometida mediante los méritos de nuestro Señor Jesucristo y nuestra cooperacion. Animado continuamente de esta celestial virtud el B. SEBASTIAN, triunfaba de las dificultades mas grandes, y vencía con intrépido valor los obstáculos mas fuertes que se oponian á

sus santas empresas, no mostrandose jamás pusilánime ni enfadado. Subiendo una vez una escalera larga y muy incómoda para confesar á un enfermo, compadecianle algunos viendole padecer mucho; pero el pacientísimo y zelosísimo varon, con rostro tranquilo y jovial respondió: *no me molesta ni me dá fastidio subir tan alto; porque espero que un dia, por la misericordia de Dios, subiré á mucha mayor altura para ir al Paraiso.* A un pariente suyo que lo felicitaba de los honores que recibia en todo Turin, el Beato respondió cándidamente, que semejantes cosas nada le movian; *porque solo tenia la mira en la gloria del Paraiso, la cual en algun tiempo* [*de lo que tenia firme esperanza*] *Dios por su misericordia se la habia de conceder.*

Esta su vivisima esperanza estaba acompañada de un profundo temor de los juicios divinos, cuya consideracion algunas veces le llenaba de dolorosísimas angustias; como se conoce por un manuscrito suyo en que habla así. „He tenido en lo interior una angustia tal, que „me ha atravesado el alma. Ella era originada „de una obscuridad de entendimiento, que me „impedia aun la menor respiracion: pareciame „hallarme desahuciado de mi salvacion; y no

„podia encontrar manera para salir de tal obscuri-
„dad. Habria dado un mundo entero, por tener
„un poco de luz, con que me fuese concedido co-
„nocer lo que debia obrar para seguir la volun-
„tad de Dios; ni sabia con quien aconsejarme;
„porque semejantes cruces no son fácilmente
„entendidas de quien no las ha probado: tem-
„blaba dentro de mí mismo de temor de con-
„denarme; pero, entretanto, me volvia á la divi-
„na misericordia, protestando, que aunque hubie-
„se podido saber con certeza hallarme abando-
„nado de ella, siempre habria esperado en Dios."
En la batalla referida, no solamente se mani-
fiesta su interior martirio, sino tambien su ge-
nerosa confianza. Suspiraba, gemía; (y esto su-
cedió tambien á otros santos); pero al mismo
tiempo que decia hallarse casi abandonado de
Dios, protestaba querer esperar de él todo ali-
vio y ayuda: recurria á él prontamente, y en
él hallaba espiritual auxilio entre los afanes de
la conciencia, los asaltos del espíritu diabólico,
las obscuridades, desolaciones y los mas terribles
desamparos. No duró poco una afliccion tan
cruel; sino que (lo que debe admirar) es, que él
fué atormentado de cuando en cuando por mas
de cuarenta años. Sobre esta su tribulacion así
escribía en octubre de 1699 al Cardenal Co-

lloredo, con quien se manifestaba como con un ín-
timo amigo. „Deposito en el corazon de V.
„Eminencia (tales son sus palabras) lo que pa-
„sa en el mio. La muerte me causa pena; no
„porque el corazon esté apegado á cosa algu-
„na de este mundo; no; pues por la gracia
„de Dios me parece tenerlo desprendido de to-
„do; sino porque pienso en aquel momento del
„que depende una eternidad, sabiendo muy bien,
„que no seré juzgado segun el juicio del mun-
„do, el cual solamente mira las cosas aparen-
„tes; sino segun el de Dios, que vé aun las
„cosas mas ocultas. Mis acciones procuro que
„sean sin escándalo de quien me observa; aun-
„que acaso tal vez yo no estaré tan atento y
„circunspecto, que pueda quedar siempre edifi-
„cado de mí el prójimo. Esto es lo que me
„atormenta y angustia. En la actualidad, no ha-
„llo lugar en que tanto me consuele como en el
„sagrado altar: allí recibiría gustosamente la
„muerte, al punto que hubiese recibido la san-
„ta comunion. De todo esto podrá conocer V.
„Eminencia la necesidad en que me encuentro
„de las oraciones de otros: ruegue pues por mí
„y sepa, que en llegar á ser yo bueno tiene
„grande interes, por los frecuentes recuerdos
„que hago á Dios de su persona. Para adoptar

„todos los medios de moderar este mi temor „he resuelto, ser un poco mas devoto de nues- „tra amabilísima y purísima Virgen Maria, es- „perando me conseguirá el no tener sino aquel „temor con que se obra la salud y se teme „á Dios con amor filial." Este temor, por in- comprehensible juicio de Dios, llegó al grado de hacerle perder el reposo, y alterándole los humores, lo redujo en dos diversas ocasiones á rendirse al lecho oprimido de grave enfer- medad. En una de estas, el Padre Riccardi, que lo asistia de enfermero, observó que él, contra su costumbre, daba frecuentes señales de algun grave trabajo. No pudiendo atribuir esto á la molestia del mal; porque siempre lo habia reconocido resignado en sufrirlo pa- cientemente; comenzó á creer que probase an- gustias de espíritu; por lo cual, en el tiempo de la convalescencia, discurriendo un dia fami- liarmente con él le preguntó, ¿de dónde proce- dian aquellas agitaciones y suspiros que habia notado con tanta frecuencia durante su enfer- medad? Entónces el Siervo de Dios, para com- placer el deseo de su amigo, le respondió. „La „causa de mi inquietud y afliccion era, haber- „me yo hallado tan oprimido interiormente del „pensamiento de la eternidad y del espanto de

„la cuenta que debo dar á Dios de mi vida, „que no podia encontrar reposo." Hallandose tambien otra vez en peligro de muerte, y vien- do cerca de sí al Padre Juan Domingo Perar- di, que estaba casi fuera de sí por la grave- dad de su mal, volviéndose á él sin la menor turbacion le dijo: „Los médicos no conocen „que mi enfermedad viene del pensamiento de „la cuenta que debo dar á Dios: entónces úni- „camente me tranquilizo y voy mejorando, „cuando pienso en la Santísima Virgen y en „S. José protector de la buena muerte." Otra vez dijo, que sentia un gran consuelo acordan- dose de aquellas palabras: *qui Mariam absol- visti, et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti.*

Enmedio de tantas angustias, conservaba siempre una extraordinaria alegria. En una de las mencionadas enfermedades, habiendo entra- do en su aposento á visitarle el Padre Presset, de la Congregacion de los clérigos regulares de San Pablo, apenas lo vió en el lecho, con aque- lla su acostumbrada modestia serena y apaci- ble, no pudo contenerse en decir á uno de los nuestros que le acompañaba: *hé aquí una cara de predestinado.* Esta misma serenidad de sem- blante era motivo de que todos recurriesen

á él, para recibir auxilio y consejo; y él mismo, largamente enseñado por experiencia propia, salió un excelente consolador y perfecto maestro de las almas tentadas de la desconfianza de su eterna salvacion. Véase lo que escribió á una monja oprimida de semejantes angustias. „Aquellos miedos de ofender á Dios, ar„rójelos de sí: guíese con el santo temor de Dios „y su santo amor: procure ir calmando sus in„quietudes; de otra manera, le harán perder el „tiempo; porque aterrará su alma, siempre per„pleja. Sea observante, y despues deje obrar á „Dios, con cuya ayuda se comienza, se conti„núa y se perfecciona la obra. Haga lo que „está de su parte, y no dude. Sepa, que nin„guno en el mundo ha enseñado jamás que se „peca, si la voluntad no concurre: anímese por „tanto, y esto le servirá para llevar con ma„yor alegria sus penas." Otra vez escribió á la misma, y juntamente á otra que tenia tambien temor de condenarse: „si la tentacion la hace „mas humilde y mas confiada en Dios, tal te„mor le ayudará; pero si la tentacion la hace „pusilánime y desconfiada, la aleja de esas vir„tudes, para que no haga nada: cada cual ejer„cítese en la humildad del corazon y en la ca„ridad, y no dude de su salvacion." Finalmente, en semejantes circunstancias, escribia así á otra persona: „Las aflicciones, son el mas gra„to manjar de las almas que aspiran á agra„dar á Jesucristo. Sepa tomar las cruces con „resignacion, y llévelas con paciencia; porque „ellas son como las tempestades del mar, que „parece quieren sumergir la nave, cuando „el ímpetu de las olas la dirige á la pla„ya. Vivir sin cruz, es una cruz muy pesada. „No haga de la muy especulativa sobre reflec„ciones inútiles y aflictivas; ejercítese en la hu„mildad, en la obediencia, en la mortificacion, „y viva tranquila."

CAPITULO VII.

De la caridad y amor de Dios del Beato Sebastian.

La caridad de Dios, derramada en el corazon del B. SEBASTIAN, se manifestaba con señales tan vehementes que, á semejanza de su Padre San Felipe, era frecuentemente obligado á descubrirse el pecho y recostarse sobre su pobre cama, como oprimido de mortal deliquio, desatándose en suspiros y tiernisimos afectos á su Dios. Descubríase otras veces el celestial fuego en que